

MI IDEAL

Hablar de mi ideal es mostrar el lado más genuinamente mío. Cambiar el mundo para mí empieza, antes que nada, con una ideas. Son mis pequeñas ideas, unas ideas *en bruto*, tal cual salen de mi corazón que quizá, quién sabe, pueden convertirse algún día en preciosos diamantes.

Vivimos inmersos en una sociedad mejorable, donde cada uno de nosotros, de entre más de ocho mil millones de habitantes, tenemos encomendado el deber de cuidar y mantener el planeta que nos vio nacer para crecer en un lugar pacífico y estable. Siendo una de esas tantas personas, no me quedaría tranquilo si no fuera capaz de ayudar a cambiar el mundo. Cambiar el mundo implica hacerlo para bien de todos y fuera de mis intereses personales. En este momento, no encuentro mejor forma de hacerlo que redactando este modesto ensayo de mis ideas.

Lo primero de todo, hablemos del mundo actual. Si de verdad hay algo que me indigna del mundo actual, eso es la falta de integridad, las falsas promesas y la hipocresía por parte de quienes lo habitamos y de quienes lo dirigen. Me explico: la defensa de los derechos humanos, la igualdad de la mujer, frenar el cambio climático, acoger a inmigrantes, la convivencia pacífica entre todas las culturas, acabar con el hambre y la guerra... Son todas ellas causas muy nobles, y todas ellas modelarían un mundo ideal. Sin embargo, la realidad, en ocasiones, no va en esa dirección: no se garantizan derechos elementales, no cesan las guerras, se acrecientan los conflictos y la violencia por falta de diálogo, no se dejan de generar ríos de ropa usada en las sociedades desarrolladas... Detrás de todos esos conflictos hay únicamente un interés material y personal a corto plazo.

Destacan, por encima de todo, intereses meramente lucrativos y una negación de los valores universales comunes presentes en todas las culturas y tradiciones. Facilitar el desarrollo armónico de una sociedad implica afrontar los conflictos de manera responsable y con una visión de largo plazo, al margen de intereses, muchas veces mezquinos, egoístas y sin salida. ¿Qué hubiera aportado más al faraón enterrado en su sarcófago dentro de una pirámide: dejar una obra arquitectónica para la posteridad o haber procurado el bienestar de su pueblo? Si de verdad nos preocupáramos por los países más desfavorecidos, en vez de enviarles nuestros excedentes o explotar sus recursos sin remunerarlos justamente, les facilitaríamos herramientas para mejorar su capital material y humano, para que sean capaces de producir por sí mismos. En el dicho de Lao-Tse: *“Enseña a un hombre a pescar y lo alimentarás para toda su vida”*.

No aspiro a crear ningún organismo político ni comité nuevo, sino a contribuir, de alguna manera, a que socialmente haya un cambio de mentalidad que presione a políticos y demás personas con responsabilidad para que exista un cambio en sus objetivos. Parece elemental, pero probablemente sea muy difícil de conseguir. Sin

embargo, si se produjera ese acto de humildad y empatía, ese pequeño *interruptor* necesario sin duda encendería la *luz del cambio*.

Para ir lejos, hay que empezar desde el propio punto de partida, y eso pasa por cambiar uno mismo y su entorno más inmediato. Empezando por mí, querría que mi vida girara en torno a la justicia y a la moderación. Tal como se decía en el santuario de Apolo: “Nada con exceso”. La formación me parece fundamental para no apartarme de mi camino y metas. Creo firmemente en la meritocracia y en el poder del conocimiento para triunfar. Me gustaría poder aprovechar al máximo las posibilidades de formación que se me ofrecen y emprender proyectos en los que yo tenga un papel para liderar el cambio, priorizando el servicio a los demás antes que mis propios intereses.

En la actualidad, procuro contribuir con causas sociales que considero justas y positivas. Por suerte, he podido contemplar muchas de ellas en mi entorno más cercano, empezando por mi papel como monitor en grupos de mi colegio. Estos son de carácter lúdico, y en ellos se comparte tiempo con alumnos de cursos inferiores, transmitiéndoles los valores éticos y humanitarios vinculados tanto a nuestro centro como a la vida misma. Solemos disfrutar con salidas, encuentros de monitores, campamentos y convivencias.

También formo parte de un club de karate, al cual asisten muchos karatekas con discapacidad y que les ayuda a encontrar su motivación en el mundo del deporte. Gracias a eso, muchos de ellos han resultado campeones regionales, nacionales e internacionales. De esto último nos sentimos plenamente orgullosos. El hecho de que jóvenes de edades, religiones, razas y condiciones físicas tan dispares convivamos juntos y nos tratemos por igual en campamentos y torneos del club me hace querer ver reflejados el carisma y filosofía de mi club tanto en instituciones ya existentes como en mis futuros proyectos.

Y en el futuro... Aún no sé si estudiaré Arquitectura, Música o Derecho. Son solo simples deseos, pero confío en que, de cualquiera de esas disciplinas, con esfuerzo y compromiso, podrán surgir granitos de arena capaces de hacer del mundo un lugar mucho mejor en todos los aspectos. Muchas veces no puedo parar de pensar en el precario modo de vida de los inmensos barrios repletos de infraviviendas, carentes de servicios elementales como abastecimiento de agua potable o una buena red de acceso. Ello me impulsa a querer actuar para combatir dicha situación, presente en muchos países distintos a lo largo del planeta. ¿Cómo podría hacerlo como arquitecto? Ayudando a construir viviendas dignas y sostenibles. ¿Y como músico? A través de un programa que siga los pasos de gente como Gustavo Dudamel, promocionando la educación musical en entornos infradesarrollados. ¿Y como jurista? Promoviendo una legislación que favorezca el cambio. Todos los caminos pueden conducir a Roma, si se toma la firme decisión de llegar allí.